



Esta parroquia ha sido designada por el cardenal arzobispo de Buenos Aires, una de las sedes arquidiocesanas para ganar la Indulgencia Plenaria del “Año Sacerdotal” en memoria de S. Juan M. Vianney, santo cura de Ars.

El Papa Benito XVI:

La suciedad del espíritu envenena al mundo

Queridos hermanos y hermanas: Si queremos que la Pentecostés no se reduzca a un simple rito o a una sugestiva conmemoración, sino que sea un evento actual de salvación, debemos predisponernos en una religiosa esperanza del don de Dios mediante una escucha humilde y silenciosa de su Palabra. Para que la Pentecostés se haga presente en nuestro tiempo, es preciso quizá – sin quitar nada a la libertad de Dios – que la Iglesia esté menos ocupada en las actividades y más dedicada a la oración. Nos lo enseña la Madre de la Iglesia, María Santísima, Esposa del Espíritu Santo. Este año la Pentecostés cae en el último día de mayo, en el cual habitualmente se celebra la fiesta de la Visitación. Esa visita fue también una especie de Pentecostés, que hizo brotar alegría y alabanzas de los corazones de Elizabet y María, una estéril y otra virgen, ambas ahora madres por una intervención extraordinaria de Dios (cfr Lc 1,41-45). La música y el canto, que acompañan nuestra liturgia, nos ayudan a ser más concordes en la oración.

Para indicar al Espíritu Santo, en el relato de la Pentecostés los hechos de los Apóstoles usan dos grandes imágenes: la imagen de la tempestad y la del fuego. Con claridad san Lucas tiene en su mente la teofanía del monte Sinaí, relatada en los libros del Éxodo (19,16-19) y del Deuteronomio (4,10-12.36). En el mundo antiguo la tempestad se consideraba un signo del poder divino, ante el cual el

hombre se sentía subyugado y aterrado. Quisiera subrayar también otro aspecto: la tempestad se describe como “viento impetuoso”, e esto hace pensar en el aire, que distingue nuestro planeta de los demás astros y nos permite vivir por ese aire. Lo que el aire es para la vida biológica, lo es el Espíritu Santo para la vida espiritual; y así como hay una suciedad atmosférica, que envenena el ambiente y a los seres vivientes, también existe una suciedad del corazón y del espíritu que hace morir y envenena la existencia espiritual. Del mismo modo en que no podemos acostumbrarnos a los venenos del aire – y para lograrlo el compromiso ecológico representa hoy una prioridad –, lo mismo habría que hacer para todo lo que corrompe el espíritu. Parece, en cambio, que a tantos productos que ensucian la mente y el corazón que circulan en nuestra sociedad – p. e. imágenes que espectacularizan el placer, la violencia, o el desprecio por el varón y la mujer - a esto parece que nos habituamos sin dificultad. También esto es libertad, dicen, sin reconocer que todo lo que ensucia, intoxica el alma sobre todo de las nuevas generaciones, y termina por condicionar la misma libertad. La metáfora del viento impetuoso de Pentecostés hace pensar, en cambio, en lo hermoso que es respirar el aire puro, sea con los pulmones, el aire físico, sea con el corazón, el aire espiritual, el aire saludable del Espíritu que es el amor!+

(Pentecostés 2009)

Identidad e ideal de la Escuela Católica

Sobre la *Práctica docente: con lo clásico hacia la calidad educativa*, daré una interpretación, pues en esos términos se designan realidades esenciales; y sirven para a una filosofía de la educación.

La expresión *práctica docente* ha adquirido un significado preciso en la pedagogía actual, aunque podemos referirla, sin más, a la actividad del educador, en cuanto configura lo esencial del proceso educativo. El otro elemento, correlativo y esencial, es el aprendizaje, la actividad propia del alumno. Por apelar a *lo clásico*, me detengo en la etimología que hace descubrir la naturaleza de la educación.

Educare significa criar a un niño, cuidarlo, y de allí instruir, enseñar, formar. Para expresar la crianza y la educación se puede emplear también **educere**, que en su primera acepción quiere decir sacar afuera, levantar, alzar. Este otro verbo es un compuesto de *duco*, que privilegia el significado de guiar. Estos términos de acción aluden a rasgos definitorios de la praxis que corresponde al pedagogo. Subrayo la expresión sacar afuera porque coincide con el sentido de la mayéutica, el arte de hacer parir. Sócrates designaba así, con el verbo **maieúo** la tarea propia del maestro –una especie de obstetricia espiritual– ya que mediante su palabra ayudaba a sacar a luz la verdad, de la que estaba grávida el alma del discípulo. Otra alusión interesante: Platón, en un bello pasaje de la República en el que habla de la educación –y de la gimnasia y de la música– utiliza el verbo **pláttein**, que significa modelar, formar, y dice: **en toda obra lo que importa es el comienzo, especialmente si se trata de jóvenes de la más tierna edad, porque es entonces cuando se modela el alma.**

Recordemos que en el proceso educativo el discípulo no es pasivo, no sufre la acción del maestro; le cabe a él ejercer una tarea: educarse y no sólo dejarse educar. Por eso son decisivos los métodos de aprendizaje y deben ser asumidos en plenitud por el que aprende, como instrumentos de un proceso interior. Se educa en la libertad y para ella, por eso, a medida que se crece y se avanza, la educación se va haciendo, cada vez más, autoeducación. Esta referencia puede completarse despejando el verdadero sentido de la autoridad. Por supuesto que la autoridad puede degradarse en su caricatura, el autoritarismo. La autoridad verdadera incluye crédito, estimación, reputación, aprecio; el autoritarismo es un remedo que oculta la falta de autoridad. Usemos el étimo en el verbo **augeo**: equivale a aumentar, acrecentar, multiplicar, hacer progresar, promover, engrandecer, engendrar. Las raíces de **educación** y de **autoridad** se acercan y casi se identifican. La autoridad es un servicio ordenado al crecimiento de quienes se ejerce. No hay educación sin autoridad y la calidad de la educación depende en buena medida, del valor de la autoridad educativa. Me eximo de sacar conclusiones o extender aplicaciones de esta afirmación, obvia en el plano teórico, aunque difícil de hallar en la realidad.

Valgan estas alusiones clásicas para centrar la atención en la relación **maestro-discípulo**, clave en el proceso educativo. La educación no puede limitarse a la instrucción, sola transmisión de conocimientos, sino debe concebirse como **educación integral**, e.d., el desarrollo de cada dimensión humana: física, intelectual, moral, social y religiosa. Se trata plasmar la personalidad, e.d., su formación; la educación del hombre según la verdadera **forma** humana y su auténtico ser. Así lo entiende la tradición pedagógica de la Iglesia: descubrir verdades, adquirir saberes, asimilar valores. La calidad educativa debe entenderse como educación integral.

Lo clásico de nuestra educación es susceptible de una actualización continua; así es una tradición viva, no repetición de lo idéntico, sino recreación de la validez perenne que se hace nueva en cada generación. Un ejemplo insigne es la obra educadora de los Padres de la Iglesia en su asunción dialéctica de la cultura antigua y de la preceptiva vigente, quince o más siglos atrás, para la formación humana. Debieron delinear la formación del cristiano. Reinaba el ideal retórico; Cicerón, Séneca y Quintiliano le dieron un cimiento ético e intentaron formar al hombre bueno experto en el arte del bien decir. Los Padres, y Agustín el gran maestro de la antigüedad cristiana, tradujeron ese ideal: programaron la formación del buen orador, sí, aunque cristiano. En la historia hubo otros ideales educativos según los ciclos culturales, se acentuaron una u otra dimensión de la realidad humana; cada vez, esos ideales fueron asumidos, purificados y elevados por la gracia del Evangelio.

Para captar la identidad de la educación católica podemos apelar a la distinción que presenta S. Agustín entre **erudición y vida**. Esas dos vías no se excluyen sino se complementan y responden a las dimensiones humanas, su compleja unidad y su destino trascendente. Erudición es la instrucción en ciencias y letras, que dan el conocimiento del hombre, mundo y Dios. El valor de este término nuestros currículos, pide incluir en la vía de **erudición** la enseñanza de las verdades capitales de la fe.

El camino de la vida expresa la dimensión práctica de la existencia, la vida activa, el compromiso moral y la práctica de las virtudes; el desarrollo de la piedad religiosa y la adquisición de un hábito de oración. En este carril se ubica la catequesis, con sus ritos, y la conducción que educa en la vida cristiana, vida en la gracia, justicia de la fe. **El fin de la catequesis** – según Juan Pablo II – **es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión y en intimidad con Cristo**. Desde esta perspectiva, la catequesis ha de intentar que los alumnos verifiquen en sí mismos una síntesis entre la fe y la vida. La meta que se persigue es que ellos lleguen a ser varones y mujeres de bien, es decir, buenos cristianos. El camino de la vida apunta a una meta ulterior que es el verdadero fin: la vida feliz, entendida no como la felicidad imperfecta de este mundo, la bienaventuranza eterna.

Complementar la enseñanza religiosa escolar y catequesis, entre **la erudición y la vida** deja atrás la vieja discusión sobre si la catequesis ha de ser doctrinal o vital. La escuela católica debe proponerse transmitir y hacer practicar a los niños y adolescentes de hoy la doble síntesis: fe y cultura, fe y vida. Esa síntesis se llama: sabiduría; para el cristiano la **sapientia** no se reduce a saber, sino incluye el buen juicio, pericia en el obrar y el gustar. Por eso, sólo el hombre sabio es feliz.

El proceso que se lleva a cabo en la escuela católica es un servicio que se brinda a las familias y a la sociedad. En la realización de la tarea de educar, la escuela interactúa con las familias y el contexto socio-cultural. En el caso de procesos normales y deseables, se registra una continuidad entre la formación que el niño recibe en la casa y la educación escolar. Hay que reconocer que esa fructuosa interacción es un ideal inalcanzable. Se saben los serios problemas de hoy: familias que no educan, o lo hacen mal, por ausencia o menoscabo en los padres de una auténtica autoridad educativa; crisis matrimoniales y su efecto común que es la disolución de la sociedad conyugal, con efectos negativos y devastadores en los hijos; las situaciones de miseria que hacen imposible el comienzo del itinerario formativo que se prosigue en la escuela. Entre tantos problemas que se registran en nuestras instituciones –como pasa también en las de gestión estatal- menciono un hecho que ya no llama la atención: la mayoría de las familias que envían sus hijos a nuestras escuelas lo hacen no para que esos niños sean formados como católicos; buscan un ambiente seguro y sereno, buen nivel académico, menos huelgas docentes y otros valores apreciables que no hacen a la identidad de la escuela católica y a su función evangelizadora. Otro hecho frecuente, por contagio de la sociedad argentina crispada: la protesta malgeniada y la amenaza de denuncia ante el Estado o los medios de comunicación.

Problema a asumir, **con paciencia incansable y con afán de enseñar**. Durante los años que el alumno frecuenta la escuela es posible desarrollar una misión en favor de su familia, ayudándola para que pueda ejercer con normalidad y fruto su derecho y su deber respecto a la educación de los hijos, facilitando su participación en la comunidad educativa y a través de ella su plena integración a la Iglesia. A la familia se extiende, pues, la misión formativa y evangelizadora de la escuela católica.

En la sociedad argentina obran poderosos factores de deseducación: cambios negativos en las costumbres, defectos crónicos de la índole nacional, modas y manías de la *cultura joven*, manipuladas por lucro por mercaderes sin alma, y el influjo pernicioso de los medios. Esto ha sido estudiado con lucidez y denunciado con coraje por varias Academias Nacionales. Esta realidad impone a la escuela un esfuerzo suplementario y pone a prueba el temple y la vocación de los educadores. Estos problemas exigen inteligencia, sensibilidad, fortaleza y amor de genuinos maestros, que se decidan a ser, con generosa entrega, padres y madres de sus alumnos, y a través de ellos, padres y madres de mejores generaciones argentinas. Sin dejarnos vencer por las dificultades, aspiremos a superar esos influjos perniciosos y por una labor educativa coherente y unida, a contribuir a un cambio favorable de la sociedad. Por nuestra identidad como escuela católica preparamos un futuro mejor de la Argentina.

Hace poco enumeré factores de deseducación que inciden gravemente para que tantos esfuerzos desplegados en nuestras instituciones no rindan el fruto esperado y merecido. Existen muchos defectos a enmendar, y finalmente dije: nuestros colegios son reductos de humanidad. ¡Si, reductos abiertos de humanidad, centros de humanización! En la situación en que vivimos no es poco, y además este logro innegable constituye un fin intermedio que nos acerca a la meta, ya que la gracia supone la naturaleza. Si los formamos exitosamente como buenos católicos los estamos formando como buenas personas; pero si al menos logramos formarlos como buenas personas, estamos poniendo la base para que lleguen a ser buenos católicos. Pío XII, pronunció en 1952: **Hay que rehacer todo un mundo desde sus cimientos; hay que cambiar lo salvaje en humano, lo humano en divino, según el corazón de Dios**. Queda mucho por hacer, y para animarnos en la tarea dejemos que nos entusiasme la belleza de nuestra identidad, la nobleza de nuestro ideal.+ **Mons. Héctor Aguer**, 4 de febrero de 2009.

Elementos básicos de la Escritura y la Tradición

“Creemos en la resurrección de la carne”, profesamos los católicos. La palabra “carne” significa el hombre en su condición de fragilidad y mortalidad. Así se usa en la S. Escritura:

Dijo Dios: No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne” (Génesis 6:3).

Y el salmo 56 canta:

*En Dios confío y nada temo,
¿qué puede hacerme un ser de carne?(vers. 5)*

También el profeta Isaías afirma:

*Una voz dice: Grita. Y digo: ¿Qué he de gritar?
- “Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor de campo” (Isaías 40:6)*

Por eso, cuando confesamos la Fe diciendo que creemos en la resurrección de la carne, decimos que después de la muerte no solamente vivirá el alma inmortal, sino que también nuestros cuerpos sometidos a la muerte, retomarán la vida.

Es nuestra convicción más honda: *la resurrección de los muertos nos hace vivir* llenos de esperanza, decía un escritor cristiano, Tertuliano, en su época de católico (Sobre la resurrección 1:1).

Además, están las palabras sublimes de san Pablo a los cristianos de Corinto:ç
Ahora bien, si predicamos la resurrección de los muertos, ¿cómo andan algunos de ustedes diciendo que no hay resurrección de los muertos?

Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó.

Y si no resucitó Cristo, inútil es nuestra predicación,

e inútil también es la Fe de ustedes.

¡Están equivocados! Cristo resucitó de entre los muertos

Como primicia de quienes se durmieron. (1ª. a los Corintios 15:12-14, 20) [Notar que para los primeros cristianos la “muerte” era sólo un “dormirse” hasta que el Señor los “despertase”: así p.e. el antiquísimo canto de los primeros cristianos *Despiértate tú que duermes y Cristo te iluminará*, en Efesios 5:14]

El Servidor de Gabriel

INFORMACIONES UTILES

Templo abierto:Lun. a vier. de 8.30 a 12 y de 16 a 19 hs. – Sáb.: 10 a 12 y 16.30 a 19 hs. - Dgos de 9 a 13 hs.

Misas: Dgos: 10 y 12 - Lun a jue: 9 Vier.: 10 - Sáb.: 18 - **Días 29** : 8, 10, 16, 18 y 20 y Rito de Reseña.
Adoración por las vocaciones sacerdotales: primeros viernes 19 a 20 hs.

Párroco: atiende a c/u para Confesión y Sanación los 29 de 9-12 y 16-21. En semana: 10 a 12 (salvo las clases).

Secretaría: lunes a viernes de 9 a 12 y de 16 a 19 hs.- Sáb. 10 a 12 hs –
Consultas sobre Bautismos y Matrimonios: sábados de 9 a 12 hs.

Los sábados de Cuaresma y del Adviento hay Oración matutina por la mañana, presidida por el párroco.
En los otros tiempos hay Sesiones de Oración Sanante (SOS) los viernes a las 16 hs. presididas por el párroco.

Nuestro sitio en la Telaraña del Ancho Mundo (Worldwide Web): www.sangabriel.org.ar

Honor recibido: Parroquia declarada “Institución ilustre” de la ciudad de Buenos Aires.

Recuerden en sus “donaciones en vida” a la *Parroquia S. Gabriel Arcángel de Villa Luro*

Nuestra comunidad se mantiene mediante el sostenimiento mensual de sus miembros por sobres mensuales.

Para los miembros de la parroquia que queden desocupados estamos formando un “Fondo de solidaridad”.

Parroquia San Gabriel Arcángel de Villa Luro - Av. Rivadavia 9625 – C 1407 DZF Buenos Aires, Argentina

Párroco: Mons. Dr. Osvaldo D. Santagada – profesor ordinario titular de la Facultad de Teología de la UCA

Tel. (54)11.4635:1888 - www.sangabriel.org.ar – www.lavozdelperegrino.com.ar

correo-e del párroco: siervodegabriel@yahoo.com.ar

Boletín gratuito: año XVI, n. 853 – (2 de Agosto de 2009)

Se permite el uso, con mención de la fuente: “Guía y Consejo” de San Gabriel Arcángel de Villa Luro